

Por la fe...

Una aproximación al Antiguo
Testamento bajo la guía del
Espíritu Santo

TODOS ESTOS

por Antoni Mendoza i Miralles

11

© Edicions Cristianes Bíbliques, 2002
Apartat 10053, 08080 Barcelona-Catalunya (Espanya)
correu-e: ecb.edicions@wanadoo.es
Maquetació: AMM, Apartat 2533, 08080 Barcelona-Catalunya (Espanya)

«Conforme a la fe murieron todos éstos sin haber recibido las promesas, sino mirándolas de lejos, y creyéndolas, y saludándolas, y confesando que eran peregrinos y advenedizos sobre la tierra. Porque los que esto dicen, claramente dan á entender que buscan una patria. Que si se acordaran de aquella de donde salieron, cierto tenían tiempo para volverse: empero deseaban la mejor, es a saber, la celestial; por lo cual Dios no se avergüenza de llamarse Dios de ellos: porque les había aparejado ciudad».

(Hebreos 11:13-16).

La secuencia histórica de los personajes que hasta aquí se han considerado queda interrumpida en el texto que se presenta ahora a nuestra consideración.

Estos hombres y mujeres que nos han sido presentados no solo vivieron “por la fe”, sino que también murieron “conforme a la fe”. Esto se dice especialmente de Abraham, Sara, Isaac y Jacob (Éx 3:6), de los que se ha hablado en los versículos 9 a 11, pues son los que recibieron las promesas de Dios. El Señor, por la instrumentalidad del Apóstoles, quiere destacar lo remarcable de dicho hechos.

Conforme a la fe murieron

Lamentablemente, no es un hecho extraordinario encontrar ejemplos de creyentes que habiendo vivido por la fe, acaban sus vidas sin testificar de ella. Estos, mostraron su plena confianza en Dios y su Palabra, pero con el tiempo ésta se desvaneció, y cuando llega el momento de la muerte ya no queda ninguna evidencia de aquella realidad, tan evidente antaño, que los hizo tan especiales. Dios testifica que es necesario vivir “por la fe”, pero que también lo es morir “conforme a la fe”; ya que la fe es de conformar toda nuestra existencia de creyentes.

Hay hechos que destacan como obras de fe, pero la fe ha de ser más que hechos aislados, ha de ser un elemento incorporado a las nuestras vidas, que nos ha de hacer diferentes al resto de la gente. La fe nos ha de hacer diferentes en nuestra conducta, por ser diferentes en nuestra forma de pensar y sentir. Pero esto no puede aparecer y desaparecer, como hacen ciertas corrientes de agua; ni nos la podemos poner y quitar como hacemos con ciertas piezas de ropa, que ahora las llevamos y después nos las quitamos, que ahora las necesitamos y después no, que tenemos y de improviso perdemos.

La obra de Dios es una obra de transformación del pecador, una obra que comienza en el momento determinado de nuestra vida, y se acaba de completar en relación al pecado cuando somos llevados delante de su presencia.

Ésta fue la preocupación que mostró nuestro Señor. Vivió evidenciando su fe total en Dios, pero también murió “conforme a la fe”. Siempre manifestó su preocupación por acabar lo que el Padre le había encargado, y el testimonio final de su vida de confianza en Dios y su Palabra fue: “*Consumado es*” (Jn 19:30), y “*Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu. Y habiendo dicho esto, espiró*” (Lc 23:46). Y unos momentos antes había afirmado, conversando con uno de los ladrones que estaba junto a él crucificado: «*De cierto te digo, que hoy estarás conmigo en el paraíso*» (Lc 23:43). Éste fue el testimonio de fe dado por nuestro Redentor.

El apóstol Pablo tuvo la misma preocupación, aunque a nivel distinto. Él no quería ser descalificado, no quería acabar su vida sin un testimonio claro de fe. Por eso, escribiendo a Timoteo, antes de morir, le dijo: «*Por lo cual asimismo padezco esto: mas no me avergüenzo; porque yo sé a quien he creído, y estoy cierto que es poderoso para guardar mi depósito para aquel día*» (2Ti 1:12). Y después de decirle que el momento de su partida está próximo, testifica: «*He peleado la buena batalla, he acabado la carrera, he guardado la fe*» (2Ti 4:7).

Sin haber recibido las promesas

Nuestro texto nos dice que aquellos creyentes, que habían recibido las promesas, no vieron el cumplimiento de todas aquellas promesas que Dios les dio. Una pequeña parte de ellas se habían de cumplir a lo largo de su vida, pero la mayoría de ellas se extendían más allá en el tiempo. Aún así, murieron creyéndolas. Conocían el carácter fiel de Dios, y no dudaban que así cómo se

habían cumplido unas se cumplirían las otras. Dios nos da promesas, en su gracia y gran misericordia, que van más allá de ésta vida, y que han de mantener viva y activa nuestra fe, hasta los momentos finales de nuestra existencia terrenal.

Así estos hombres y mujeres llegaron al final de sus días: viendo las promesas más clara que nunca, más seguras que nunca, convencidos totalmente de su realidad, como si las estuvieran tocando, abrazándolas, y confesando hasta el último momento su vocación, y su condición de extranjeros y peregrinos.

Las veían desde lejos, con los ojos de la fe, como una realidad cierta, aunque estaban a cierta distancia: era una realidad clara para ellos, aunque lejana. No era un deseo ni un pensamiento, ni muchos menos un espejismo; eran realidades espirituales, que por eso no eran menos reales que las realidades que podían percibir con sus sentidos físicos.

No tenían la más mínima duda, puesto que estaban persuadidos de la certeza de las promesas. La argumentación de Dios los había dejado sin la menor duda, pues su carácter y atributos lo hacían posible; y los primeros milagros lo habían hecho patente: Abraham i Sara recibiendo capacidad engendradora, a lo que se añadió que hecho que Sara pueda llevar a un feliz desenlace su embarazo.

Lo tenían tan claro que las “saludaban” dándoles las bienvenida, como cuando una visita llega a la puerta de casa. Todas éstas palabras y expresiones muestran como vivían aquellos santos las promesas que Dios les había dado.

Declaraban abiertamente su confianza en Dios y en sus promesas, de manera individual y colectiva, a través de sus vidas y a través de la Tierra de la Promesa. Nunca se edificaron una casa, aunque tuvieron muchas riquezas continuaron viviendo en tiendas, sin emprender el camino que llevó a Lot a residir en la ciudad de Sodoma, con todas sus consecuencias. Así lo confesaba Abraham (Gé 23:4), Isaac (Gé 37:1) y también Jacob (Gé 47:9).

No confesaban que eran extranjeros y peregrinos porque eran de Mesopotamia, puesto que si ésta hubiera sido su patria, la que buscaban, podían regresar a ella, y con más riquezas de las que trajeron. Eran extranjeros y peregrinos en la tierra de Canaán, como lo eran en toda la tierra habitada.

Lo que manifiestan las palabras

Muchas veces las palabras no tienen ningún valor, porque están vacías de contenido. Actualmente ésto se evidencia muy claramente, la palabra tiene tan poco valor que es necesario dejar constancia escrita de todo, y aún así... muchas veces ni al mismo escrito se le da valor y se ha de acabar en los tribunales.

Pero estos hombres y mujeres de fe eran gente de palabra, lo que decía era cierto y tenía valor. No hablaban por hablar, sus palabras evidenciaban, revelaban, ponían en evidencia que buscaban una patria celestial. ¿Pero no habían recibido promesas básicamente terrenales? ¿Cómo es que anhelaban una patria celestial?

Nosotros acostumbramos a hacer una dicotomía entre lo que es terrenal y lo que es celestial, pero inicialmente no había éste abismo. Es cierto que «*en el principio creó Dios los cielos y la tierra*» (Gé 1:1), pero también es verdad que la presencia de Dios en la tierra anticipaba lo que era el cielo. Cuando leemos el último capítulo del libro del Apocalipsis, volvemos a ver ésta misma realidad. En los últimos capítulos el cielo y la tierra se tocan, y resulta difícil distinguir cuándo de habla de la tierra y cuándo de los cielos. La presencia de Dios y de Cristo lo relaciona todo de una manera muy singular.

Para estos hombres y mujeres de fe, las promesas terrenales estaban asociadas a las celestiales en la persona de Dios. La patria prometida en la tierra estaba asociada a una patria en los cielos. Tanto en una como en otra Dios estaba presente, era soberano.

Ellos no veían en las promesas solamente un reino y una ciudad terrenales, como los de David y Salomón, veían a Dios como Señor.

En las promesas de Dios, los cielos y la tierra se tocan, y la muerte es la introducción al cumplimiento celestial.

Por eso Dios no se avergüenza de llamarse Dios de ellos

En Nuevo Testamento nos enseña que Dios no se avergüenza de aquellos que no avergüenza de él en la tierra (Mr 8:38; Lc 9:26), y que Cristo tampoco se avergüenza de llamar hermanos a aquellos que son salvados (He 2:11). ¿Cómo se puede avergonzar Dios de aquellos que le honran?

Pero, que diferentes somos nosotros en ocasiones, comportándonos de una manera que no se corresponde con nuestra vocación celestial, comportándonos de una manera que no es “conforme a la fe”, avergonzando a Dios entre los hombres, y haciendo que su nombre llegue a ser blasfemado (Ro 2:21-24).

Viviendo “por la fe”, y muriendo “conforme a la fe”, a la búsqueda de la patria celestial, honraremos a Dios y permitiremos que Dios nos honre. Pero no hemos de olvidar que Dios solamente puede honrar en nosotros aquello que es fruto del Espíritu Santo, que es la obra del Espíritu Santo: la fe, sin duda, es fruto del Espíritu Santo (Gá 5:22).

Edicions Cristianes Bíbliques